

NOTICIA DE LAS CARTAS DE FERNANDO DE LA GUERRA A JOSÉ DE VIERA Y CLAVIJO

P O R

ENRIQUE ROMEU PALAZUELOS

Fernando de la Guerra y José de Viera fueron buenos amigos; casi de la misma edad. Cuando Viera llegó a La Laguna en 1757 tenía veintiséis años. Como sabemos, nació en El Realejo de Arriba en diciembre de 1731. Había sido ordenado sacerdote por el obispo Guillén. Fernando de la Guerra y del Hoyo vio las primeras luces en La Laguna en 1734. Era hijo de Domingo Miguel de la Guerra, descendiente del conquistador Lope Hernández de la Guerra, que ayudó con su persona y bienes a Alonso Fernández de Lugo, quien le favoreció luego concediéndole buenas *datas*, especialmente en la zona, que de aquél tomó la denominación de Valle de los Guerra.

Resulta válida la comparación de las trayectorias viajeras de ambos individuos, que influyeron en sus vidas. Los caminos de Viera, muy largos, van desde Tenerife pasando por Las Palmas en 1770 a Madrid, a la Mancha en 1774, a Francia y Flandes en 1777 y 1778 y en 1780 y 1781 de nuevo a Europa por Francia, Suiza, Italia, Austria y Alemania. Volvió a Madrid, donde permaneció hasta 1784, en que retornó a Las Palmas, donde vivió desde 1784 a 1813.

Fernando de la Guerra lo más lejos que llegó fue hasta Icod y Daute. Nació en La Laguna y murió en la misma ciudad el 23 de diciembre de 1799.

Entre aquel viajero y este sedentario se desarrolló una amistad constante, prendida en la inquietud cultural que los identificó con notas afines.

Habría que valorar la indiscutible simpatía y la cordialidad de Viera cuando quería ser cordial y simpático, que debió de encandilar a Guerra, como encandiló a otros. Por su parte, el marqués de San Andrés fue hombre inquieto y temperamental y sus concomitancias los mantuvieron en intensa comunicación espiritual durante cerca de treinta años.

Fernando de la Guerra se casó con Constanza María Gertrudis Juana del Hoyo y Suárez de Deza, nacida en Madrid el 6 de noviembre de 1737. La boda se celebró en La Laguna el día 4 de diciembre de 1763. La hija única del conocido Cristóbal del Hoyo aportó a la boda unos títulos nobiliarios por los cuales Fernando de la Guerra fue marqués consorte de San Andrés y vizconde consorte de Buen Paso. Juanita o «Juanica» del Hoyo era prima de su esposo. Es un personaje que ha quedado oscurecido por los resplandores del padre, del marido y del hijo, pero que ofrece interesante atractivo.

La esposa de Fernando de la Guerra disfrutó sin duda con la amena conversación y amistad de Viera durante la estancia de éste en La Laguna, y al conocer que el historiador se iba a Madrid le pidió que les escribiera dándoles noticias de aquella ciudad, de la que ella salió cuando tenía doce años.

* * *

Conocida rápidamente la situación de nuestros principales personajes, llegamos a la separación de los dos amigos, que se realizó cuando en octubre de 1770 dejó el clérigo escritor La Laguna y embarcó en Santa Cruz de Tenerife en un navío, que tras mala travesía lo dejó en Cádiz, de donde siguió para Madrid.

De las subsiguientes cartas cruzadas entre ambos se desprende que Viera cumplía la promesa que hizo a la marquesa de San Andrés, y la cumplió mandando noticias de modas, lazos, escofietas, abanicos, etc. Sobre este débil entramado de

fruslerías se fueron colocando noticias de más tuétano. Las cartas de uno y otro, leídas hoy, conservan la gracia y la vitalidad de antaño. Con ellas saltan sucesos, cuentecillos, personajes de diversa actualidad, miga y sustancia.

Los fondos del decorado son naturalmente La Laguna y Madrid. Nos interesa ahora solamente el de la primera ciudad.

La interpretación más sugestiva y espiritual que se ha hecho de La Laguna es muy posterior a la época a que me estoy refiriendo, pues fue escrita en 1911 por el siempre actual Miguel de Unamuno. La profunda comprensión del escritor caló en la síntesis de una ciudad. Unamuno vino a La Laguna durante unos viajes, y a consecuencia de ellos publicó un libro que tituló *Por tierras de Portugal y de España*. Aun sabiendo que la descripción es conocida, reitero la memoria de algunos conceptos, puesto que vamos a adentrarnos en detalles a los cuales él no llegó pero que están subterráneos en su interpretación personal:

«En La Laguna un silencio y una soledad que se me metían hasta el tuétano del alma... Unas calles largas como el ensueño; en el fondo una torre oscura tronchada... aquellas calles espaciadas y rectas... La Laguna está vestida de casaca o de hábitos de fraile... Tertulias en los conventos y en las Casas Señoriales... chocolate a media tarde... monjas reposteras, eternas conversaciones sobre el último caso en que el Tribunal del Santo Oficio de la Inquisición entendiera, y de noche tal o cual aventura galante...»

Lo que vio Unamuno se corresponde con lo que tanto Jorge Glas, el embajador inglés MacCartney y otros viajeros habían observado muchísimos años antes en lo que se refiere a las calles largas, la soledad y el silencio, lo cual aún hoy es fácil de ver en determinadas horas de la tarde.

La descripción de Unamuno es amable, evocadora y onírica; hay que buscar otra descripción hecha al vivo y con circunstancias concretas y contemporáneas. Me estoy refiriendo a *La historia de las feligresías o de arriba y abajo*, que apareció en 1765 y cayó en La Laguna como una bomba explosiva.

La historia de las feligresías es un pasquín, un libelo mal intencionado en el que de una manera cruel se dicen verdades como puños. No importa ahora quién o quiénes lo escribieron. Se señala a fray Juan Martín, franciscano del convento de San Miguel de las Victorias, pero se conocen pocos datos de él. Para mí tiene el enorme mérito de su valentía. Lo que dice en el panfleto es duro y exagerado y hay que alabar su valor para enfrentarse con unos individuos de categoría que con modos diversos estaban tratando de imponer a La Laguna nuevos usos, manera de predicar, manera de estudiar, manera de interpretar las circunstancias de la vida...

La historia de las feligresías merece un estudio detallado. Ahora a mí me sirve tan sólo para tomarle una referencia que atañe a Fernando de la Guerra, que dice:

«Otra (casa) está en la calle del Agua que la hicieron este año, y es palacio de ayer acá. Vive en ella otro Regidor, que según dicen es el segundo tomo de su suegro Vizconde del Buen Paso y Marqués de San Andrés, cuya causa de beatificación está en la Inquisición de Canarias y la escribió Jorge Glas.»

El párrafo contiene varias verdades:

Primera: Es cierto que la casa de la calle del Agua había sido estrenada aquel año. Lo confirman Lope de la Guerra en las *Memorias* y su hermano en la noticia incompleta de las calles de La Laguna, que comenzó a redactar. *Segunda:* Fernando de la Guerra fue, en efecto, regidor, cargo que ostentaba desde el 14 de junio de 1760, en cuya fecha ingresó como tal en unión de Lope, Tomás de Nava, Francisco García de la Guerra, Tomás Domingo Saviñón y José Domingo Saviñón Guillama. Con ellos fueron veintisiete los señores que regían los destinos de la ciudad. *Tercera:* ¿Era el segundo tomo o continuación del suegro? Se había identificado con él, quería ser tan «ilustrado» como él, lo admiraba, como demostró en la laudatoria biografía que le hizo más adelante. *Cuarta:* El viejo vizconde estaba por entonces residenciado en el convento de San Agustín de Las Palmas, donde lo tenía la Inquisición. Por otra parte,

Jorge Glas, que no gozaba de las simpatías clericales y estaba en la cárcel, había hecho una denodada defensa del suegro de Fernando de la Guerra en unas páginas de la *Descripción de las islas Canarias*, publicada en Londres el año anterior.

La Laguna, a pesar de tantos regidores o tal vez a causa de ellos, se hallaba en crisis decadente, lo cual resultaba consecuencia lógica del error inicial del Adelantado que la fundó como capital de la isla, enclavándola en lugares alejados del mar. La observación de que La Laguna decaía es general en los comentarios de la época. Los más destacados laguneros lo reconocían y lo pregonaban, y los visitantes extranjeros lo dicen en sus escritos. Glas, que residió en la ciudad; el cirujano Anderson, que vino en 1776 con el capitán James Cook; Labillardiere, MacCartney, Ledru, etc., anotarán en sus relaciones que La Laguna se hallaba en decadencia en tanto que Santa Cruz aumentaba su importancia, y esto no lo podían adivinar ellos si no fuera porque los mismos insulares se lo manifestaban.

Esto resulta trágico si nos situamos en la posición de aquellos ciudadanos que sabían que ninguno podía hacer nada para luchar contra la decadencia sociopolítica; ni los que manifestaban su nueva manera de entender la vida, ni aquellos otros a los que el autor de *Las feligresías* calificó de «ilustres familias» que según los primeros no tenían papel en la vida de La Laguna.

* * *

En este panorama social y urbano se desarrolló la vida de Fernando de la Guerra, que es conocida porque ha quedado expuesta en el borrador del *Elogio fúnebre* que escribió su hermano Lope para la Real Sociedad Económica, en muchos documentos de la misma sociedad, en las *Memorias* del hermano, en las *Gacetas de Daute* y en sus cartas y otros papeles.

* * *

¿Cómo era?... ¿Cuál fue el aspecto físico del tercer marqués de San Andrés?... Era puro siglo XVIII; luces y sombras...; «ilustración y oscuridad»; Voltaire y el padre Segneri en confu-

sa mezclanza. Encajes, puntillas y bordados... Barroquismo... En un retrato de autor desconocido nos mira con ojos inteligentes, cara gruesa bajo empolvada peluca, casaca de raso... y con la mano hace un gesto como para convencer a alguien.

En la *Tercera Gaceta de Daute*, en lo relativo a las fingidas capitulaciones con el enemigo, hay otro dato que facilitó Viera:

«... el de San Andrés hablará menos, y si es posible, con más pausa de lo que habla al presente...»

«Y si es posible... con más pausa...» Hablaba, pues, precipitadamente, lo que es muestra de impaciencia y talento, porque los pensamientos surgen con presteza y empujan a las palabras que se atropellan.

Fue, pues, Fernando de Guerra impetuoso e inquieto, y por ello tuvo escaso cuidado en pulir la gramática de sus escritos. Sin ser excepcional, estuvo por encima de sus conciudadanos. El párrafo final del *Elogio* de su hermano es definitivo:

«... dechado que siempre debe tener presente un verdadero Amigo del País, el que no habiendo salido del suyo, y casi que ni de esta Ciudad, guiado sólo de sus propias luces, de su buena educación, de su natural feliz, de su amor a la Patria, y de su constante aplicación a los Libros, se aventajó a muchos de los que han corrido Cortes, frecuentado Colegios y Universidades...»

Una cualidad que le afectó como a muchos ilustrados coetáneos fue la versatilidad. Estaban como mariposas ante muchas luces. Fernando de la Guerra se olvidará, en un rápido proceso de mutabilidad, de la «Tertulia» después de la Real Sociedad Económica, y se dedicará a la dirección del Real Consulado de Canarias. Pero su «constante aplicación a los libros» lo mantendrá en la línea cultural hasta el final de su vida.

Así se valora cuando se examinan los papeles que dejó escritos y que se conservan. Los que se custodian en el archivo que fue de José Vicente de Buergo y Oráa manifiestan en su heterogeneidad su deseo de cultura.

La letra, curvada y rápida, es característica. Con ella hizo una lista de «libros necesarios y curiosos» para los fines del Real Consulado, que ha de encargarse a Madrid. Al lado hay unos apuntes, sin fecha, sobre temas diversos. «Sobre la pólvora». «Sobre literatura». «Qué es la lira». «La décima o espinela». «Las anacreónticas». «La asonancia y la consonancia». Por causa de estas curiosidades poéticas anotó nombres de autores de la época como Mayáns y Císcar, primer biógrafo de Cervantes que murió en 1781, y Luzán, cuya *Poética* es de 1737, o antiguos como Nebrija, fallecido tres siglos antes. Hay también un curioso sermón «del arcángel San Miguel», apuntes sobre «colores o pelo de los caballos». Traducciones en verso de los salmos de David, un esquema de carta al P.L. (?) adjuntando «unos borradores para la censura». «Pensamientos religiosos para personas más virtuosas que yo». Una lista de palabras poco corrientes con la explicación: «Cardon, Grama, Marquilla, Mamadera, Petate, Matrás, Chafeña, Excusabarajas, Lechiga, Manflota», etc. «Pensamientos para antes de ir a dormir». La traducción de *Los jardines* de Delille, hecha por Viera, con anotaciones al margen, etc.

Escritos que son el resultado de un intenso deseo de vivencia cultural. Por las fechas de estos documentos se deduce que estaba enfermo, reuma, dificultades para hablar, temblor en las manos, parálisis...

Se conservan, asimismo, unas *Interrogationes et prepositiones ad usum Joannis de la Guerra*, 1785, en las cuales el cariño paternal renovó los conocimientos de latín de cuando fue «obispillo» en el colegio de los agustinos. Hay además largas cartas que dicta, pues sus manos no pueden mover la pluma, y tales misivas que no se dirigían a su amigo Viera, sino al hijo de su amigo Nava y al comandante general Antonio Gutiérrez, son lecciones de patriotismo y filosofía; tienen fechas cercanas a 1797, cuando Fernando de la Guerra, metido en la cama, iba conociendo el desarrollo del ataque de los ingleses y se enteraba satisfecho que su hijo Juan Primo combatía con valor frente a los enemigos.

Una buena definición espiritual de cómo era el marqués de San Andrés la dio Viera en nueve palabras: «sujeto pací-

fico hasta la indolencia, instruido hasta la filosofía». Más extenso es el *Elogio fúnebre* de Lope de la Guerra, en el cual encontramos el detalle de su vida, que no fue ciertamente cómoda. Un comandante general lo desterró a Icod, otro se llevó mal con él; quiso viajar fuera de Tenerife y no pudo, chocó con la Inquisición, tuvo mala salud, poca paciencia, altibajos en la depresión.

El primer enfrentamiento con el Santo Tribunal fue en 1759, reciente la conjunción de las tres lumbreras de la tertulia, y afectó a los tres. El motivo fue de los corrientes en la época: proposiciones peligrosas y lectura de libros prohibidos. Esta prohibición se hacía pública por medio de largas listas que se encartelaban a la entrada de las iglesias. Bory de Saint-Vincent, militar y botánico que estuvo en Tenerife por 1798, indicó noblemente que no veía que el «despotismo ilustrado y la Inquisición pesaran sobre el pueblo», y añadió que las listas de libros prohibidos que vio a la entrada de los templos contenían principalmente novelas fuertemente eróticas como la *Justine ou malheurs de la vertu* o libros de filosofía revolucionaria. Lo interesante en esta ocasión es una frase que figura en el informe de los inquisidores:

«Habiéndose principado sumaria en este Tribunal contra Dn. José de Viera, Presbítero, Dn. Tomás de Nava, Marqués de Villanueva del Prado y Dn. Fernando de la Guerra, Marqués de San Andrés, por proposiciones y leer libros prohibidos, considerando que todo lo que de ella resultaba era más efecto de *vanidad y falta de prudencia* que de efecto de las cosas de la Fe...»

Estas benévolas consideraciones del Santo Oficio inciden una vez más en dos conceptos que caracterizaron las actuaciones del grupo «ilustrado» y juvenil en los comienzos de sus reuniones filosóficas: vanidad e imprudencia.

El segundo pleito fue posterior en más de veinte años. En 1777 Guerra escribió unos versos. Esto no tendría nada de particular; todos los cultos hacían entonces versos. Pero la poesía del marqués era peligrosa porque contenía una burla al proclamar que «la vida de Job era un poema o parábola»,

con lo cual dudaba de un hecho histórico consignado en un libro santo. Mucha suspicacia y muy delgado el hilo de la caña de pescar herejías debían tener los comisarios de la Inquisición para sutilizar los argumentos de Fernando de la Guerra, que más bien parece una declaración, impaciente, eso sí, de amores que un ataque a la Biblia. La poesía se ha publicado íntegra en la *Bibliografía* de Millares, en el tomo 3. Consta de veintidós cuartetos de versos octosílabos asonantados. Reproduzco algunas de ellas:

«Aquel príncipe de Ur,
aquel varón estupendo,
que tuvo por ejercicio,
vicios, mujer y argumentos.

.....
Aquel que todos alaban,
que todos tienen por bueno,
y nadie quiere rascarse,
(para ser un Job) con tejos.

.....
Escribe un claro español
(que ha sido aplicado a versos),
a una devota que tiene,
y que lo tiene algo inquieto.

.....
Si el Señor me dejara
fuera de este hemisferio,
saltando por las estrellas
hasta verte en tu aposento.

.....
Mi alma, mi vida, mis ojos,
mi bien, mi luz, mi consuelo,
son expresiones devotas
que en la oración dan alientos.

No obstante es bien que sepas,
que rezados y salterios,
y palabras, nunca prueban
amor, que prueban los hechos.

.....
A Dios amada devota
y ten por seguro y cierto
que es también devoto tuyo
el que es de paciencia ejemplo...»

En la *Bibliografía de escritores canarios* hay citadas doce obras de Fernando de la Guerra. No están incluidas algunas relativas a los escritos con los cuales prestó ayuda a Viera para la redacción de las *Noticias de la historia de Canarias*, ni otros documentos relativos a la Real Sociedad Económica; de todos modos, es un resumen del gran trabajo de uno de aquellos que sin luz eléctrica, ni copiadores, tuvo que desarrollar un gran esfuerzo material y que lo mismo que hicieron Viera, Jovellanos, Moratín o el padre Isla, etc., al acabar una de sus cartas o cualquier otro papel volvían a copiar su contenido para el archivo.

* * *

Conocemos así todas las cartas de José de Viera, las que él llamó *Cartas familiares* por sus originales autógrafos, que llegaron a La Laguna a sus destinatarios, se quedaron aquí hasta que de uno u otro modo fueron a parar a las manos de José Rodríguez Moure y de ellas a la Real Sociedad. Otras están copiadas cuidadosamente por el historiador en libretas y siguieron el camino de las anteriores. Las cartas de Fernando de la Guerra a su amigo en Madrid no son las originales, porque Viera las rompió o perdió, pero sí las copias que el marqués hizo y que por el mismo camino llegaron desde Rodríguez Moure hasta la Económica. El cura lagunero, al cual nunca se le agradecerá bastante su afán de covachuelista conservador, las fue intercalando, de modo que en el legajo que hizo hay carta de uno y carta del otro...

José de Viera escribió a su amigo de La Laguna treinta cartas (que sepamos y se conservan) que llevan las fechas desde noviembre de 1770 a marzo de 1784. Una desde Cádiz, veintitrés desde Madrid, dos de Aranjuez, una desde el Real Sitio de El Escorial y una también desde París, Valencia y Las Palmas. Por años, los de más correspondencia son los de 1772 y 1775, con cinco cartas cada uno; no hay ninguna de 1773 y los demás los despachó con una, tres o cuatro.

Fernando de la Guerra contestó con trece cartas conocidas, todas desde La Laguna. Seis años seguidos, desde 1774 a 1778, no aparecen copias de misivas. Los años 1771 y 1772,

1780 y 1783 envió una solamente; dos, el año 1781, y el año 1782 envió tres. Escribió más cartas que no copió, pero de ellas anotó detalles de los documentos que enviaba. Corresponden a los años 1775 y 1776, con un total de siete, y una que apuntó en la copia de la carta de 7 de marzo de 1779.

Estas cartas que no estaban destinadas a la publicidad tienen todavía el garbo y la fuerza descriptiva que les dio su autor. Hacen una recomposición de la etapa histórica de finales del siglo XVIII de La Laguna y tienen por lo tanto un valor documental que nos ayuda a cuantificar los diversos temas banales o profundos, inocuos o graves que se refieren a ellas. La vida grande, la vida pequeña de cada día están vivas en los papeles que contienen aportaciones interesantes para un mejor conocimiento de la época.

He preferido elegir algunos párrafos de cada una y hacer un breve comentario.

* * *

Carta de 22 de junio de 1771:

«Querido amigo mío: Después de mil deseos prontos de tener carta de V.M., después de haber enviado quinientas ocasiones al Correo, y volverse el criado en claro, después de otra porción de despueses, he recibido esta semana próxima la de V.M. de 24 de mayo, que mi mujer ha leído repetidas veces...»

La carta de Viera está fechada en Aranjuez. Parece, por tanto, que San Andrés no ha recibido una de 20 de marzo desde Madrid en la cual el amigo le contaba las fiestas del día de San José, con volatines en la plaza de toros, quema de Judas, etc. En ésta desde Aranjuez le contaba cómo era de complicada la vida que estaban obligados a hacer los nobles, a los cuales consideraba «mansitos», lo mismo que los jabalíes y los venados que había por el parque.

«No sé qué tiene una nueva descripción tirada por quien está sobre los lugares. El rasgo que V.M. representa de Aranjuez me hace ver más que la sonora pintura de Lupericio Leonardo, que empieza:

Hay un lugar en la mitad de España
 donde Tajo a Jarama el nombre quita,
 y lo que V. M. me dice de ver los Reyes, tan personas Reales,
 y aun a los jabalíes y los venados mansitos, me hace
 recordar que dice:

Las fieras enemigas aquí juntas
 forman una república quieta
 mezclándose en sus pasos y sus juntas.»

Viera le había referido que en Aranjuez se había celebrado la fiesta de las «Parejas Reales», un concurso a caballo multicolor y protocolario, del cual hizo una narrativa pintura Paret. También que frecuentaba el balcón de la duquesa de Miranda, camarera mayor de la princesa de Asturias, desde el cual contemplaba el movimiento de la corte. Guerra se anima.

¿Cuándo pensé que V. M. sería hombre que siguiese la Corte?... Tendría por seguro verlo Patriarca de Jerusalem aun sin la proporción que Alí Bey ofrece a la mutación de los manteos. ¿Cuándo pensó V. M. que Nava estaría muy militar, y yo huyendo de los empleos militares? ¿Cuándo pensó V. M. que se hablaría libremente y se anunciaría en el púlpito que la imagen de Candelaria es de palo? ¿Cuándo otros mil cuándo? Pero todo lo ve sin asombro en los ojos, ni susto del corazón el que ha visto reflexionando un Urbina, un Morán, un Roisi, un rimbombo y un Diego Pun.»

Los deseos de que su amigo obtenga los mejores puestos y éxitos literarios aparecerán con frecuencia en las cartas. Me sorprende la mención de Alí Bey, que no puede ser otro que el catalán Antonio Badía Neblich, que «cambió los manteos» y se convirtió en árabe, visitando Marruecos y el norte de África y fue favorecido por Godoy. Sin embargo, Alí Bey era aún joven en 1771. El que Fernando de la Guerra viera reflexionando al comandante general Juan de Urbina no extraña, pues Viera dice en la *Historia* que fue «muy dado a preocupaciones». Valentín de Morán era el obispo, «muy amante de la paz». No sé quién sería Roysi, aunque de sobra conocemos a Diego Pun. El rimbombo es mote que en su enigmática comunicación correspondería a algún personaje de quien se burlaban. En cuan-

to a los comentarios materialistas sobre que la imagen de Candelaria es de palo, nos dan la medida de la «ilustración» de ambos y nos retrae a las discusiones que sobre el tema se produjeron en «la tertulia». La carta acabó con un retrato estuendo:

«Por aquí se ha aparecido el Beneficiado Morales, con arrugada vejez, manteo nuevo estirado, y gran cíngulo, gorra reverenda, cubridora de calva, amagos de corcova, zapato ramplón de botoncitos, ceremoniados, mimovenerables, rosario gordo envuelto en la muñeca, etc... Se ha producido visitante de toda persona de nombre. Tuvimos una conversación en que me aseguró que Ovidio y Virgilio fueron grandes hechiceros, y en prueba de ello me citó unos versos de Virgilio en que dice que hará oscurecer la luna y otros encantos. Contóme muchas historias fidedignas de brujas, de pastos y de maleficios...»

* * *

Carta de 29 de junio de 1772.

Un año después, en junio de 1772, escribió Fernando de la Guerra otra carta. Habían ocurrido muchas cosas:

«Querido amigo mío: Para escribir con gusto quiero sosiego. Me dicen que sale luego la embarcación, y yo estoy con quinientos ratones. Mil cosas me llaman la atención, y me trabucan cuando quiero pensar. El espíritu ha dado en estar triste y podrido... Don Francisco García hizo la última pantomimadura en Tegueste, y aquí le cantaron, le aspergearon y sepeliaron, el martes 23. Todo lo que se oye es enfermedad, muerte, lástimas e injusticias. Así andan los Campos Elíseos y los asientos de los Bienaventurados...»

La carta rezuma decaimiento. Los Campos Elíseos por los que corrieron felices los gaceteros de Daute son ahora «campos de soledad, mustio collado». El año 1771 fue malo para Tenerife: epidemias, poca lluvia y malas cosechas, y el 1772 no se presentaba mejor. El comandante general Miguel López y

Fernández de Heredia desterró en Icod a Fernando de la Guerra por colaborar con Tomás de Nava en un escrito de protesta contra él. San Andrés escribió un memorial al rey alegando en justicia y Viera ayudó a sus amigos cerca del ministro de la Guerra, Fermín de Muniaín; lo hizo por medio del marqués de Santa Cruz y los dos fueron liberados. Fernando de la Guerra estuvo en Icod desde noviembre de 1771 a abril de 1772; estuvo enfermo, disgustado, con fríos... No le perdonó al comandante su atropello y lo puso en la picota en las *Noticias de dos comandantes generales*. El muerto que cita fue Francisco García de la Guerra, regidor, y en 1748 castellano de San Juan. La carta acaba con

«Esté V.M. en que yo aprecio mucho sus cartas, que me gustan las noticias de erudición como a mi mujer las de moditas, usos y costumbres...»

Guerra copió a continuación varias noticias de papeles que enviaba a Viera. Una de dichas notas es la siguiente:

«En 21 de julio de 75 escribí a Viera; le envié una noticia de Plantas raras la mayor parte copia de un papel de Madan.

Unos apuntes sobre Milicias y Comandantes Generales, escritos a la ligera. Iba inserto el título de Capitán General de Dn. Francisco Fernández de Toledo, y las cédulas conducentes a los Pereyras. La capitulación hecha al Conde del Palmar. Un pasaje de Cerdá *De Insulae Fortunatum*. Los escudos de armas de Dn. Alonso Dávila, de Dn. Félix Nieto de Silva, de Dn. Juan de Balboa y de Robles que fue el primero con Excelencia. Extracto del viaje y vista de armas de Dn. Gabriel Lasso de la Vega, Conde de Puertollano. Varias cosas sueltas acerca de Milicias.

Viera avisa el recibo de esta carta en la antecedente de 5 de Sept. 75.»

El total de las anotaciones abarca más de treinta documentos, con apuntes tocantes a obispos, iglesias e imágenes, provisiones reales, escudos, etc. Interesa la correspondiente a 27 de octubre de 1775, en la que dice:

«... escribí a Viera, y le envié la Noticia de Dn. Cristóbal del Hoyo Marqués de la Villa de San Andrés, Vizconde de Buen Paso, etc., de que queda copia...»

Esta nota indica que la biografía que Fernando de la Guerra escribió sobre su suegro estaba destinada al amigo historiador. La copia ha de ser la que se guarda en la Casa de Ossuna y se publicó en la *Revista de Historia* el año 1959.

* * *

Carta del 10 de septiembre de 1779.

Hay un salto de siete años. Sabemos que durante ellos no se había interrumpido la correspondencia entre los dos amigos. Sabemos también que hay más de diez cartas de Viera al marqués, escritas en esta etapa. También que a Viera le habían ocurrido muchas cosas. Mientras Fernando de la Guerra permanecía en La Laguna, el escritor y ayo del marqués del Viso había viajado por la Mancha, asistió a la boda de su pupilo con María Cristina Leopoldina de Toledo Salm-Salm y viajado con el joven matrimonio, sus padres y lucida escolta por Francia y Flandes. Asimismo conocemos que de vuelta del viaje europeo había permanecido unos meses en Valencia, donde en enero de 1779 murió, probablemente tísico, Francisco de Silva. Que vuelto a Madrid donde se aseguró la estancia en casa del marqués de Santa Cruz, continuó no sólo con la redacción de la *Historia*, sino con otros trabajos literarios.

Fernando de la Guerra le escribe:

«Escribí a V.M. en julio: Por agosto no hubo en qué escribir y por septiembre me dicen que sale el correo, y en esta sazón, por estar yo medio malo, por haberlo estado todas mis gentes y tener mucho que hacer, todas cosas que no me gustan. Estos días hemos estado recibiendo enhorabuenas por el elogio de Felipe V. Lo que falta es que V.M. se lleve el primer premio de Poesía que lo considero fácil conociendo la Musa de V.M. y viendo las composiciones que nos vienen de letra de molde...»

La identificación de San Andrés con Viera fue tal que los amigos daban a uno la congratulación por los éxitos del otro. Caso parecido entre Pereira y Pacheco y Álvarez Rizo. A éste le daban el pésame por la muerte de su gran amigo el primero.

El Elogio de Felipe V es una buena obra en prosa de Viera en la cual lució su fácil literatura y el acendrado monarquismo borbónico en menosprecio de los reyes de la Casa de Austria, nota aduladora y peculiar de algunos «ilustrados». La traducción del *Elogio* al francés por el caballero De Bongards, militar español, dio lugar a una carta entre el sabio Cavanilles y Viera. La carta de Fernando de la Guerra sigue con noticias sobre comandantes generales, Tabalosos y su sucesor, la pérdida de La Habana, las campañas de Portugal y Argel, etc.

* * *

Carta de 8 de octubre de 1779:

«Amigo y señor: ... la salud de mi casa no es tan mala que anuncie muerte, ni tan buena que pasemos sin médico. Yo estoy el más del tiempo disgustado, desazonado y melancólico, pero siempre a la disposición de V.M... Nuevo Obispo, nuevo General viejo, Cabo subalterno, Oidores, Inquisidor, etc. ¡Qué de cosas!...»

El pueblo, las personas inteligentes más todavía, se exaltaban con la remoción de los cargos, más cuando en esta ocasión eran varios al mismo tiempo. El nuevo obispo fue fray Joaquín de Herrera, de la Orden del Cister, de más de setenta y dos años de edad, del que dicen que dijo al llegar: «Haec est requies mea». Este es mi descanso, y en efecto murió en Gran Canaria en 1783. El comandante general, también *nuevo y viejo*, según San Andrés, fue otro Joaquín: Joaquín Ibáñez, caballero de Carlos III, teniente general...

«Aunque estuvo para subir el día 5, se ha diferido la venida hasta despachar a Tabalosos; el abandonado y odiado Tabalosos, el zalamero, falso y arrogante, el pariente, amigo y enemigo de Nava, y el que tiene miedo de *Vieyra*, porque lo dejó con la camisa levantada...»

San Andrés no perdonó a Eugenio Fernández de Alvarado, marqués de Tabalosos. El aristocraticismo de casi todos los nobles insulares estuvo en contra de la actuación de los jefes que venían de la Península, y que traían el propósito más o menos velado de sacar provecho del cargo. Los comandantes generales no hicieron mucho para ganarse la amistad de la nobleza y la consideraron enemiga. De aquí los comentarios de Fernando de la Guerra, que redactó, además, una *Noticia* sobre éste y López de Heredia llenas de acritud y sarcasmo.

«Los sueldos que se han inventado, las partidas y los destacamentos componen más de tres mil reales diarios, y el ingreso en la Tesorería es menos. Los destacamentos de Milicias van a morir de hambre, y hacer la guerra al Real Erario...»

Don Bartolomé Benítez, poeta, dibujante, táctico y milí- fido, dio principio a sus funciones de Ayudante el día de la Naval, que él cree aciago. Tuvo la desgracia de que llo- viera...»

La situación económica que había dejado Tabalosos no era buena y Fernando de la Guerra la hace notar. Sobre Bartolomé Benítez de las Cuevas de Ponte Lugo y Casabuena, que fue so- cio de la Sociedad Económica, en la que intervino en la Acade- mia de Música, por lo que sus paisanos le llamaban «el músi- co», habrá más noticias en las cartas.

«Hurtus volverá de su Herrería. Se empezará a tratar de Ordenanzas, reforma militar, nuevo pie, nuevas órde- nes, etc... como si no hubiera habido Dávalos, Heredia, Tabalosos, Oficios, Memoriales y reborujinas... Hay algu- nos navíos franceses en Santa Cruz y se dice que van a tomar el Cenagal (Senegal)... Aún quedaba hablar de los ejercicios matemáticos de Castrito, de Molina guardamon- tes y archiveros, de cosechas, de Comercio, de predicar, de víveres, de muchos particulares. De las muchas cosas que dicen de V.M. toda mi gente... etc...»

Las noticias se agolpan y las va esquematizando. Hurtus es Juan Antonio de Urtusaústegui, teniente coronel del regi- miento de La Orotava, que había sido confinado en El Hierro

(La Herrería) por Tabalosos. Cañada lo hizo volver en seguida. Nicolás de Mazía Dávalos fue inspector que vino a arreglar las Milicias. Los franceses intentaban disputar el Senegal a Inglaterra. El año no había sido bueno en cuanto a cosechas. Castrito ha de ser el más tarde famoso ingeniero Agustín de Bethencourt, que destacaba en los números. Molina, Fernando de Molina y Quesada, también colaborador de Viera y amigo del marqués.

* * *

Carta del 28 de octubre de 1779:

«Querido amigo: ... El sábado subió el comandante a su cumplimiento particular. Fue hospedado magníficamente en la casa de Dn. Cesáreo. Convites opíparos, concursos floridos y numerosos, y el agua que ha contentado a todos los que tienen papas sembradas y trigo por sembrar. Miércoles le dio un baile y refrescación el Juez Oidor de Lima; jueves lo refrescó nuestro Nava. El juez tuvo damas y concurso que le faltó casa. Nava tiene salón regio y le faltaron damas. El viernes hubo en la casa del comandante un gran concierto de música, y las tapadas que concurrieron y se destaparon varias. Ya V.M. sabe que estos días todo es bueno; se come bien y no se oye sino mucho cumplimiento...

Tabalosos, odiado, abandonado de sus aduladores y oprimido por algunos para que se les restituya garrebun-cías por gracias prometidas y no verificadas, se embarcó el 13; arribó. No vino a tierra, ni a misa. No fue visitado sino de su escribano, a quien él hizo cargo. ¿Que cómo lo iba a visitar sin llevarle pan fresco y frutas?»

Fernando de la Guerra se dedicó en esta carta a hacer una crónica de hechos de sociedad. Todos están contentos porque hay banquetes... pero no se olvidaba de Tabalosos. El comandante general cesado estaba aquejado de un ataque de perlesía o parálisis, achaque corriente entonces. Lope de la Guerra citará en las *Memorias* los baúles cargados de plata que la gente veía cómo embarcaban en el navío francés en que se iba Tabalosos. Su hermano llega a anotar en la carta que

«... abandonado de su ayuda de cámara, volvió a salir el martes 19, se espera que cinco embarcaciones que están por fuera y se creen inglesas, lo apresarán...»

A tanto llegaba su malquerencia a Tabalosos.

«Franco, favorecido de traidor, de resolver de su mando de armas, y de haber gastado su dinero, su paciencia, su quietud y sus amigos, está medio perlático y enteramente flatulento, arrimado y trémulo. Vizcaíno se prepara a manibrar con toda su hipocresía y sorprender la religión del Buen Cañada que se creará que lo ha convertido.»

Franco y Vizcaíno fueron dos seguidores de Tabalosos; el primero, castellano de San Cristóbal, ordenó y mandó cuando le dio la perlesía al comandante. Vizcaíno fue el auditor de Guerra. Al parecer hipócrita e intrigante. La carta acaba con un párrafo concerniente a las nuevas aficiones de Viera:

«Deme V. M. más idea de los aires fijos cuyos fenómenos no pueden ocupar mi atención porque aún no comprendo lo que llaman fijación del aire, que parece es más fácil que la fijación del mercurio...»

Alude el marqués a un párrafo de carta anterior de Viera quien de vuelta de París, donde había estudiado Física y Química, le decía que estaba dando cursos de ellas en el laboratorio, que el marqués de Santa Cruz había dispuesto en su casa, y lo hacía ante un conjunto florido de damas encopetadas, pues la moda era que se hicieran estas divulgaciones en forma de sarao o tertulia. Por entonces también Viera acababa de publicar con nombre supuesto el pretendido poema sobre *Los aires fijos*, que es la negación total de la poesía aplicada a una divulgación científica.

* * *

Carta del 1 de diciembre de 1779.

Esta carta es quizá la más sentida de las que escribió Fernando de la Guerra. La noticia principal es la muerte del amigo de ambos, Tomás Lino de Nava, el benemérito V Marqués de

Villanueva del Prado, motor secreto del movimiento «ilustrado» en La Laguna. Las frases de Fernando de la Guerra son una elegía, un canto fúnebre:

«Querido amigo: En octubre escribí a V.M. pero ha mucho tiempo que no recibo sus cartas y las necesito. Melancólico, medio malo, e incomodado de flatos, arenas, cólicos y fluxiones, oprimido de hipocondría, rodeado de pleitos y otras ocupaciones disgustantes, y sin vender el vino, sólo me podría aparecer golpe mayor el que acabo de recibir en que no le toca a V.M. poca parte. Nava se fue enflaqueciendo y disgustando. Cuando Cañada estuvo en esta ciudad hacía sus esfuerzos y asistió Nava a la última comida, el sábado 23 de octubre, a que yo también concurrí. Al día siguiente se empezó a quejar de resfrío, o indigestión. Desde luego se halló muy quebrantado y oprimido el pecho. El médico don Carlos, creyó que era calentura maligna y el enfermo que ventosidad. Descubrióse una violenta palpitación de corazón. El 2 de noviembre se halló más oprimido y determinó, por sí, disponerse, esto es, recibir devotamente los sacramentos y hacer testamento, que hizo uno y otro aquella noche. El día 3 se halló con notable alivio, buen pulso, y respiración libre. Continuó así el día 4, pero a las siete de la noche, despertando dijo: Siento no sé qué, e inmediatamente quedó con todas las señales de sofocado. Ni el alcalí volátil ni la sangría pronta pudieron revocarlo. Se enterró en el hábito agustino. Fue su auxiliador y confesor don Ignacio de Llarena y le servía de mucho alivio y consuelo que éste y yo fuéramos sus asistentes. Yo tuve que sufrir tan grave pesadumbre; que consolar a los que me acompañaban en sentir y en disponer el imprevisto funeral en calidad de amigo y de albacea... He visto morir a mi amigo más antiguo, que sólo dejó de pensar como yo en una ocasión, que fue en orden a los jesuitas... Quedó solo, en medio de mil cabezas montadas de otra forma. Sufríamos de medias las persecuciones, las murmuraciones y los ataques, servíamos a la República, yo con mi trabajo, él con su nombre... Amigo, yo sería interminable en este asunto, como soy inconsolable por unas razones que sólo V.M. puede comprenderlas...»

Esta carta ejemplar le llegó a Viera cuando viajaba por Italia, cuando iba metido en la vorágine de las carreteras del

Milanesado, conociendo a unos y otros, cenando con príncipes y cardenales. La contestación es muy posterior.

* * *

Carta de 25 de febrero de 1780:

«Querido amigo: Los correos entran y salen muy retrasados; llegan las cartas que venían en los que se echan a pique y yo no recibo carta de V. M... en diciembre hablaría de la muerte de Nava, cuyo sentimiento aún me dura y cuyos efectos voy viendo cada día...

Yo estoy cada día más podrido. Apenas conocería V. M. este pueblo variado, en los años que V. M. está ausente de aquí. El faltarme los amigos de aquel tiempo me acrecienta el disgusto y me persigue contra todo derecho natural y de gentes...»

Después de su desahogo sentimental, Fernando de la Guerra se lanza —como si quisiera olvidar su melancolía— a dar una serie de noticias locales de una trascendencia inconsistente.

«Gallegos estuvo aquí... Los hijos lo delataron al Alcalde Mendoza porque se divertía con una muchacha.

Vizcayno fue amoqueteado por un marinero que lo halló con su mujer y fue a dar cuenta al General para que lo desterrara; este es lance muy largo de contar. El marinero fue desterrado y malhumorado...

El Ingeniero Tortosa estuvo para morir por una comida de hongos el 13 de enero.

El sábado 18 del corriente amaneció quemada la casa del conde del Palmar junto a San Sebastián.

Este año valen las Bulas viejas, pero no el vino. Está parado todo comercio y salida de frutos.»

Son personas conocidas de los dos. Viera las habría medio olvidado, aunque para su amigo eran seres cercanos. Andrés Alfonso Gallegos perteneció inicialmente a la tertulia, pero fue hombre de mal genio y modos. Apaleó a un clérigo porque creía que no enseñaba bien a su hijo y estuvo preso. La tertulia le comunicó que «no gustaban de su presencia». Antonio Vizcayno, el auditor de Guerra, «cuyos desaciertos fueron mayores

que los éxitos». Tortosa fue ingeniero y arquitecto y también autor del primer periódico impreso de Tenerife. San Andrés acabó su carta diciendo a Viera que «sus cartas me servirán de consuelo y medicina».

* * *

Carta del 1 de octubre de 1781:

«Querido amigo: Después de estar preguntando mucho si hay noticias de Viera, me dice Don Agustín de Castro que ya llegó con una novia alemana. París. Alemania. Bodas y Muertes. Roma, Madrid. Monsieures. Monsignores. Sermones y Ayres fijos y Física y Versos, Bucles y Canas, Clérigo y viajero. ¡Cuánta cosa para ratos buenos y ratos malos!...»

San Andrés resume en pocos conceptos las detalladas noticias que llegaban sobre las andanzas del amigo historiador. Viera por su parte exulta en satisfacciones. De la abundancia del corazón hablan los labios. La novia alemana, María Ana de Waldstein, se había casado en Viena con José de Silva y Sarmiento, marqués de Santa Cruz, al que servía Viera. Éste se explaya en largas cartas donde relaciona, con evidente vanidad, tantas ciudades conocidas, tantos monumentos, tantos nobles... el papa... Un gran contraste con la calmosa vida de La Laguna. Sin embargo, Fernando de la Guerra no da señal de envidia. Solamente se alegra de los éxitos de su amigo, aunque teme...

«... me temo que ahora que viene el gusto a la italiana, parezcan insípidas las ensaladas de esta Babilonia donde no estuvo San Pedro...»

Inmediatamente el cambio, el viraje... San Andrés acumula noticias entre chismes de tocador y temas políticos. Como la alpista... El comandante general viejo que se somete a consejeros inútiles... Lope que redacta «mamotretos de apuntes eclesiásticos algo crudos y desatados que enviar a V.M.». El obispo que «habla muy mal de La Laguna»; en efecto, vino de

visita a la ciudad, se alojó cerca de La Concepción y dijo que las ranas no le dejaban dormir... El corregidor, para aumentar el censo de la población, «ha hecho dar fruto a dos hermanas»..., pero dice Fernando «que resulta que el Vicario también es Padre conscripto y se atrapó una buena muchacha entre holandas». Una crónica social bastante escandalosa, que removía con sus comentarios tertuliescos las indignaciones de las buenas señoras de La Laguna.

Entre estos comentarios de menor importancia, Fernando de la Guerra insertó una noticia de cierto interés, por lo que tiene de actualidad:

«El Comercio de géneros extranjeros hace energúmenos. Los comerciantes adinerados y los dueños de Navíos no quieren vino, sedas ni manufacturas de Islas, sino cosas de Londres y Holanda. Persuaden que esto es lo útil y que será felicidad de la tierra que haya crecidos caudales en los extranjeros, crecida miseria en los naturales, y absoluta imposibilidad de que haya fábricas que no podrán sostenerse ni plantificarse con la concurrencia de otros efectos...»

El marqués de San Andrés acabó esta carta con frases en italiano, influencia humorística de los viajes de José de Viera:

«Finalmente suplico a V. I. de honórrarmi de sui comandi, a quali mi movera sempre, Fedele e devotissimo servitore.»

* * *

Carta del 24 de noviembre de 1781:

«Querido amigo; yo no sé cuántas embarcaciones han llegado las que me han dado el cuidado de mandar al mozo vaya a traer cartas; pero ha sido para mi mayor consuelo...

Entre tanto que V. M. se determina a cortar los gavilanes de su pluma abandonada, yo daré muestras de que siempre tenemos a V. M. presente, escribiendo lo que ofrece el tiempo, y aunque cuando tomo la pluma no me salen de mi tintero las imágenes festivas que solían, no

puede borrarse de mi memoria la amistad ni los buenos ratos. De nuestra antigua tertulia vengo a ser un monoterulio solitario por todas partes sin hallar un Viera, un Nava, un Viejo, un Solís, un García ni un Róo con una cabeza de San Pedro. La casa de Nava es un desierto donde sólo han quedado de visitantes Lope y yo...»

Pero ¿es que V.M. marqués Guerra cree que el tiempo no pasa? V.M. que sabe tanto de poetas no recuerda los versos que dicen: «La mayor cuita que haber / puede ningún amador / es recordar el placer, / en el tiempo del dolor». Del tintero de Fernando de la Guerra han salido las evocadoras noticias de unos años —menos de veinte— en los cuales la vida fue fácil y alegre. Pero a continuación se escapan del tintero las usuales noticias de cada día; que las brujas —los comisarios de la Inquisición— le habían recogido a Nava «una porción de libros, sin haber salvado los aforros», que en medio de «grandes reborujos... se ha puesto en práctica la leva de vagos...». Se ordenó en 1775 y se ejecutó en 1781. Guerra anotó que las señoras fueron a ver al corregidor para interceder por algunos levados... Que había llegado la esposa del viejo Cañada, de la cual hace un retrato definitivo... «es una amazona con bigotes». Que no hay noticias sobre los sitios de Gibraltar y de Mahón, y que sólo oye hablar de la «comandanta, novias y corsario americano». «Este corsario ha echado en tierra más de cien enfermos y al mar más de cien muertos. No ha habido precaución y S.E. dice que todo es salud». Desgraciadamente luego ocurrió la epidemia:

«Ya se ha sabido —siguió el marqués— de Eduardo y el navío San Diego que fueron a Annobon en 1779. Han muerto más de 40 hombres de la tripulación, y entre ellos, Eduardo. El navío está incapaz de retornar. El rey gastó mucho en esta ruina...»

El jefe de la desgraciada expedición fue Antonio Eduardo, de la familia de los Edwards, que castellanizaron su apellido. Fue secretario de la Sociedad Económica y su elogio fúnebre se encargó a Antonio Lennard. Esta carta de Fernando de la Guerra es la más larga de la serie y la terminó con estas frases:

«Me han dicho que V.M. es pretendiente de prebenda. Buen provecho. Puede ser que yo pretendiera lo mismo si estuviera en su pellejo, pero si V.M. pensara con mi cabeza, pensaría en pensión a título de Historiador, y en salabaja independiente que tiene más autoridad y comodidad que un Cardenal, y aun que un provincial de San Francisco.»

Nótese que el marqués que le dijo antes a su amigo que estaba «parado y algo hipocondriaco» (y no tenía más que cuarenta y cinco años) prefería a un beneficio eclesiástico (que sí que lo estaba solicitando Viera) la independencia de una sala sin escalones, lo que vale más que ser cardenal, pero ser cardenal vale menos que una provincialía franciscana. Las constantes reservas mentales contra los frailes aparecen una vez más... Fernando de la Guerra acabó la carta así:

«Amigo, esto va más largo de lo que yo había pensado...»

* * *

Carta del 28 de junio de 1782.

De nuevo en esta carta las quejas por la falta de comunicación con Viera:

«Mi dueño y estimado amigo; después de la de 12 de octubre del 81 no ha querido V.M. que yo tenga el gusto de ver carta suya. Yo contesté en 22 de febrero y en 30 de abril dije del arcedianato. Han entrado muchas embarcaciones; envió con mucho cuidado un mozo que vaya a traer carta del correo y vuelve el tal mozo diciendo: no hay cartas. ¿Le parece a V.M. que estas son cosas de mucho gusto? ¿Puede ser que después de tantos soberanos, patriarcas y bendiciones pontificias haya perdido el gusto por los gofios? V.M. tenga presente que si Roma puede ser Babilonia, esta Babilonia puede ser Roma. Escriba V.M. cuando no por gusto por conmiseración. V.M. se ha perdido de estar en Viena, ahora que eso será la India.»

«En esta ocasión va don Martín de Salazar a litigar en Sevilla y de allí a visitar a Forlier. La embarcación va cargada de un oidor, oidora, inquisidor, oficial francés y otros

eclesiásticos y otros bichos. Imagínome que cuando el eclesiástico trate de coro, el oficial de guerra, el oidor de provisiones, la dama de cortejos, el comerciante de negocio, el inquisidor de brujas y don Martín de todo.»

Vienen a continuación las apretadas noticias en las que Fernando de la Guerra cuenta pequeños sucesos de gran importancia: «pasa un numeroso convoy para América», la fiesta de Corpus se ha celebrado sin gigantes y bicha, lo cual es una gran novedad.

«... el señor obispo anda de visitas por esas islas —inocencia— y su secretario —versos y disparates—. El P. Villavicencio (nos acordamos de aquello de la lapa vieja) provincial de los dominicos con el voto de todos y sin ganas de ninguno...»

«El médico Santos y el médico Yanes haciendo versos en pro y en contra sobre unos timbales que se tocaron en la octava del Corpus...»

En este punto debo de hacer un acto reparatorio.

En enero de 1965 apareció en *La Tarde* una nota mía que titulé «Villancico son timbales», en la que me refería a un papel que en mis rebuscas de documentos viejos había encontrado. El papel contiene unas décimas bastante graciosas, en pro y en contra del uso de timbales, atabales y tambores para acompañar un villancico. Dejé allí la opinión de que pudieran ser de Viera, puesto que la construcción y el no tener fecha me inclinaron a tal opinión. Estaba equivocado. La carta del marqués está clara. Tenemos ahora la seguridad de que dos médicos de La Laguna fueron los autores de aquellos versos, sin duda de bastante trascendencia, ¡menuda trascendencia!, en la monótona vida de la ciudad.

* * *

Carta del 14 de julio de 1782:

«Amigo querido: ¡Gracias a Dios se apareció carta de V.M. que recibí dos días ha!; pero de 5 de marzo, que es lo mismo que contar más de 4 meses de fecha...»

Hemos de observar lo que supondría el retraso en los correos que comunicaban Tenerife con el resto del mundo. El correo desde la Península con la isla se había establecido en 1776, pero hasta 1778 no comenzó a funcionar. En marzo de este año llegó el primer paquebote que tuvo fijada la salida a principios de cada mes, pero las cartas se retrasaban bien por los temporales o por las guerras con los ingleses. Sin embargo, los portes subían y el marqués se quejó varias veces de esta situación. Él sabe, además, que Viera tiene en el bolsillo el nombramiento de arcediano de Fuerteventura en la catedral de Las Palmas y aprovechando la ocasión escribe una carta muy seria con planteamientos realistas. En ella abre —creo que por primera vez en la historia de La Laguna— el tema de la creación de un obispado independiente del de Gran Canaria. Y lo hace con mucho sentido común, entusiasmo y datos concretos.

«Después que lo considero a V. M. arcediano, he pensado más que nunca en cosas eclesiásticas, y he dado en un capricho que a ratos me parece disparatado y a ratos muy conforme y factible: Que viniera V. M. de Obispo. Aquí piensa V. M. que yo estoy tan viejo que chocheo o que es una visión de la amistad, u otra cosa semejante. No señor, no estoy solo.»

Seguidamente enumera Fernando de la Guerra las razones decisivas para su plan; la renta del existente ha crecido de 2.000 a más de 50.000 pesos. Se están dividiendo los obispados; tanto en América como en España... el hacer siete travesías para visitar la diócesis es mucho y más si los obispos son viejos; las limosnas no se reparten bien, no se confirma ni se visita, «ni esto anda bueno». «Por precisión se debe pensar en un obispo en Tenerife, La Palma, Hierro y Gomera, que son las islas occidentales; y dejar otro en Canaria, Lanzarote y Fuerteventura.»

«Una catedral en La Laguna no sólo es fácil, sino muy conveniente para acabar el arriba y abajo y unir las dos parroquias. Ve aquí V. M. un sistema magno de un Físico patriótico. Aunque las opiniones de los Filósofos suelen parecer locuras, no suelen parecerlo a otros Filósofos.

El turbillón de Tenerife necesita un sol: Vos estis sol. Conque señor, si esto pega como yo quiero, viene V.M. de Obispo; Cocho y la silla canonical van con el Lutrin. Tenemos luego un Sínodo y Asamblea del Clero, que ni el Galicano; y cuando V.M. piense volver a ser Guanche (y ni aún eso, pues no eran Guanches los canarios), hallará todo lo preciso para no echar de menos a Viena, a Roma, ni a París...»

El marqués argumentó con cariño y con datos de valor. Por su parte, Viera había dado a conocer la noticia de su arcedianato con detalles humorísticos en los que latía el temblor del fracaso: «... asegurar el pan del dolor de la vejez»; «restituirme con honor a esas tristes peñas...»; «me propongo una vejez tranquila y oscura»; «hay muy buena malvasía, buenos carneros y buenos plátanos, se puede comer mucho dulce...». Y esto lo escribe un hombre que tiempos más tarde recordará en Las Palmas sus comidas y cenas «con varios señores embajadores, el cardenal arzobispo, el nuncio...» y que en la ocasión de estar en una de ellas y recibir una carta de La Laguna «le parecieron las Canarias tan chicas, don Lope tan pequeño, sus reparos tan despreciables, y mis libros tan ridículos...».

* * *

Carta del 27 de agosto de 1782:

«Amigo y señor; Aunque muy deprisa porque me dicen sale hoy la embarcación (ya no hay correo aunque subieron los portes) voy a decir a V.M. que recibí la muy razonada y gustosa pero muy retardada de 5 de marzo del año corriente...»

¡Cinco meses! Y aún fue poco el retraso. Las quejas por el mal servicio de los barcos-correos eran justificadas. Se creó en 1776, no comenzó a funcionar hasta 1778, pero las guerras y los temporales dilataban la llegada de los paquebotes. El año 1781 no ancló en Tenerife más que uno. Arribó el 20 de julio y traía cinco cajones de cartas, algunas con fechas de septiembre de 1780. Resulta claro el concepto de aislamiento que debió de ser generalmente insoportable.

«... hoy marchará para Canaria... Frasquito Nava, que va a continuar sus estudios. Tal está esto que no hay uno que sepa enseñar gramática ni a escribir...»

Tras la desaparición de la universidad agustiniana, cerrada en 1747 por orden de Felipe V, los estudios medios habían llegado a niveles muy bajos. Viera había escrito en La Laguna los *Memoriales del síndico personero*, en los que insistía en temas de enseñanza. La Real Sociedad estaba manteniendo a costa de sus socios unas escuelas elementales, de «amiga» o maestra, válidas tan sólo para enseñar a leer y escribir. Frasquito Nava era hijo del V marqués, Tomás Lino; tenía entonces unos doce años.

«Mahón Gibraltar, bombas y otros aparatos no es lance tamaño como el de haber sacado por el Vicario el ayudante Benítez a doña Antonia María nuestra Antoñica. Su madre y su hermano no quieren tal boda. La dama fue depositada en casa de don Juan de Castro... Ha habido muchos lances cómicos y queda que haber, porque se necesita licencia de padre, licencia de Rey y dispensa de obispo. Entre tanto Castro tiene el gusto de tener buena compañía.»

En una carta anterior Fernando de la Guerra había mencionado a Bartolomé Benítez, que en 1783 sería nombrado regidor del cabildo de Tenerife; lo calificó de «mílfido» (palabra sibilítica que no he encontrado en el diccionario) y al cual llamaban también «el músico». Debió serlo y en las actas de la Económica aparece dirigiendo durante unos años la academia de música. Antoñica fue Antonia María Eusebia de Nava y Benítez de Lugo, hija del marqués Tomás. Ella tenía quince años y fue uno de los tres hijos del V marqués a los cuales Viera dedicó la *Loa de los Reyes Magos*, que les escribió en 1765. No sé cuáles eran los proyectos de la madre y del hermano para que la boda no fuera de su gusto. Bartolomé Benítez era señor de la isla de la Alegranza y tataranieta del conquistador Juan Benítez. La boda tardaría aún un año en celebrarse.

«Por aquí hay enfermedad de que han caído muchos pobres y todos los sangradores, y creen algunos que resulta

de un corsario americano infestado, que estuvo en Santa Cruz, y por bando se ha mandado quemar hierba de laurel en las calles, y se ejecuta.»

También se había referido Fernando de la Guerra al corsario que tiró muchos muertos al mar. Con el barco vino la epidemia que causó muchas víctimas. A continuación la andanada de noticias: «se desea saber mucho de Gibraltar, ... el P. Matos ha salido de las cárceles de la Inquisición a una celda de un convento de Canaria...». Juana del Hoyo, esposa del marqués, ha estado mala y no se encuentra maestro para Juan Primo «que le enseñe lo que debía saber un agreste...».

«El Ayuntamiento se está juntando hasta las dos de la tarde en estos días calurosos. Los asuntos son seis puntos que ha propuesto el diputado Don Cesáreo sobre que han traído provisiones de la Audiencia. Un punto es sobre que se barran las plazas, y ¿quién ha de pagar? Otro sobre esquilonos de buey, y, otros sobre una vendedora...»

Grandes temas para el desarrollo de la vida política de la ciudad. Con ellos, a través de ellos y de muchos semejantes se va consumando su decadencia. La carta acaba con:

«Yo estoy muy chacueco, y así, y con todas mis pertenencias, muy a la disposición de V. M. y siempre su seguro servidor...»

* * *

Carta del 20 de mayo de 1783:

«Muy querido y estimado amigo; ... en todo este año no lo he hecho... (escribir)... porque casi no ha habido embarcaciones... Mucho tiempo se tardó en saber de la paz por España, sin embargo de que los portes han subido y resubido para que haya correos...»

Fernando de la Guerra repetía la queja de la mala situación de las comunicaciones. La paz a que alude es la que se hizo entre Inglaterra y España y se trató en Versalles. Por ella se devolvían Menorca y Florida a España a cambio de las islas Providence y las Bahamas. La guerra duró desde 1779 a 1783.

Esta paz pudo haber sido buena ocasión para recobrar Gibraltar; los ingleses estuvieron en las mejores disposiciones pero Francia malogró el plan español.

«Aporrearón las vidrieras del Alcalde mayor Pimienta y le echaron algunos papelorios, que lo asustaron... No se han sabido los autores. Está arrestado en el Principal Dn. José Falcón, natural de Canaria y detenido aquí por indicios de ser el apedreador... Grande asunto...»

Y ¿por qué rompieron los cristales de la casa de Manuel Díaz Pimienta y Oropesa, alcalde mayor de La Laguna, que vivía en la calle Real o de San Agustín? Pues porque en el mes de marzo el corregidor duque de Estrada había ordenado que se cumplieran las reales órdenes que prohibían las máscaras en los carnavales, lo cual soliviantó al pueblo, que se había gastado dinero en libreas y caretas. Carlos III dictó órdenes prohibitorias de usos que estaban en la entraña del pueblo: ... las capas largas, con el motín contra Esquilache...; las corridas de toros...; los autos sacramentales...; las máscaras... Fruto todas ellas del «despotismo ilustrado».

«Se ha removido el asunto de la división del Obispado, deseos que viven desde el Adelantado al tiempo de las Datas... No se me presenta sino muy fácil que venga V.M. echando bendiciones, y le repiquen más que a Guzmán cuando iba con el santo Cristo de metal y el solideo morado...»

Insiste San Andrés en el tema de un obispo para La Laguna. También el Cabildo se había ocupado del caso y había tomado algunas previsiones sobre ello. El padre Guzmán fue un aventajado rival de Viera en la predicación y blanco de las burlas de los compañeros de tertulia. Está incluido por su rival en la «Biblioteca de escritores canarios» de su *Historia*. Viera había contestado a la carta sobre el obispado en tono burlón y con evasivas. San Andrés continuó la carta:

«Tengo en borrón una Historia de las Feligresías que pensé enviar a V.M. y no he podido concluir. Son muchas las

cosas que cargan sobre mí. Soy para poco y estoy... y malo lo más del tiempo.»

Fernando de la Guerra se refiere a una historia de las calles de La Laguna que ha de ser la que está publicada en el tomo III de las *Memorias* de su hermano Lope. Completa hubiera resultado de gran interés. Las noticias se aprietan: «... se nota la langosta... En el Hospital se acumulan los enfermos... Se vende el vino... No salen barcos para América... Benítez y Antonia están penando...». Penaban porque se retrasaban los papeles para poder casarse y no lo consiguieron hasta el 25 de julio de este mismo año de 1783.

«Casa de Nava se esperan marinos y gente que meta ruido en la casa que está muy en silencio...»

Llegaron los marinos; eran Domingo de Nava, capitán de navío, y sus sobrinos Tomás y Pedro. También venía Juan Castriño de Ezeiza «con el destino de casar con su pariente Doña María Agustina de Nava...» (*Memorias*, Lope de Guerra). Fueron obsequiados; pasaron a La Orotava en agosto, subieron al Teide y Ezeiza se casó con su prima el 21 de agosto. Unos meses después, en noviembre, se embarcaron todos para España.

La carta es la última del legajo y acaba con varias anotaciones:

«Puse al fin una noticia de la manda para huérfanas, de Doña Francisca de Lugo, hija del Adelantado y Doña Inés de Herrera, y nieta del primer Adelantado Dn. Alonso de Lugo, mujer de Lope Hernández de la Guerra.

Al margen de noticia de la prohibición de máscaras.

La embarcación en que van estas cartas dicen saldrá esta semana (el sábado será 24 de mayo). Irá a Canaria a tomar algunos pasajeros.»

* * *

En el paquete número 20/9 de los libros de la Sociedad Económica no hay más borradores de cartas de Fernando de la Guerra. Las que están allí no fueron hechas en un día, ni en un

mes, sino con fechas espaciadas en la vida de un hombre que se sentía «chacueco», deprimido física y moralmente. Las recibió en Madrid un flamante arcediano, pletórico aún de fuerzas físicas y espirituales, que vivía sus últimos días madrileños dentro de una actividad nerviosa con la que pretendía olvidar que iba a comenzar un tercer acto de la tragicomedia, en la que representaría el papel de arcediano de Fuerteventura, cuando podía haberlo hecho de «archipámpano de las Indias», y por eso mismo, preparando las valijas, copiando las últimas censuras para la Academia de la Historia, despidiéndose y regalando tomos de la *Historia*, que no se vendía. Y ¿por qué no se vendía si había estado trabajando en ella durante tantos años y era tan buena... ¿Tan poco interesaban las islas Canarias?

Tenían por delante una etapa en la que iban a estar lejos y cercanos. Se habían aflojado los lazos...; los achaques del marqués le impedían tomar la pluma y Viera se estaba ocupando de otras cosas.

* * *

El *Diario 1800-1810* que Juan Primo de la Guerra redactó sin imaginación y con irritante prosaísmo comienza con la noticia de la muerte del padre:

«1800, 2 de enero.—Cerca de las cuatro de la madrugada del viernes 20 del mes próximo, falleció en esta casa de su habitación, en la calle del Agua, el marqués de la Villa de San Andrés, don Fernando de la Guerra, mi padre... En su enfermedad, larga y penosa, nos dio señalados ejemplos de conformidad y paciencia...»

Fernando de la Guerra notó los primeros síntomas de la perlesía por 1794, cuando era prior del Real Consulado de Canarias; comenzó a utilizar una berlina para ir desde la calle del Agua hasta la esquina de la hoy Bencomo con Tabares de Cala, donde estaba la sede del consulado. El 27 de diciembre de 1793 había pedido la baja en el cargo, que no le dieron, y poco después se tuvo que quedar definitivamente en casa. Como no se podía valer, hacía que sus hijos le leyeran libros

piadosos. Lo refiere su hermano Lope: «... y no obstante el decaimiento en que le tenía la perlesía, notaba varios equívocos que padecían los que le leían y refería de memoria algunos pasajes».

Lo enterraron en el convento de San Francisco, en la capilla de los Ángeles de su santuario, y ordenó que en la losa sepulcral pusieran: «GUERRA ES LA VIDA DEL HOMBRE», que viene a ser lo mismo que «GUERRA FUE LA VIDA DE GUERRA»...

¿Recuerdan los versos que escribió sobre el patriarca Job? Pues la leyenda de su sepultura estuvo tomada con alguna modificación del libro bíblico. En él se dijo: «¿No es milicia la vida del hombre sobre la tierra?». Job hacía una pregunta; el marqués respondía afirmativamente.

* * *

De esta manera Fernando de la Guerra y del Hoyo justificaba su lucha en medio de la «guerra ilustrada» de La Laguna contra La Laguna con vacilantes, luminosos y contradictorios destellos.